

Del mar de Grau..... Por la pacificación nacional

From Grau's Sea..... For the national pacification

Luis De La Flor Rivero

<https://orcid.org/0000-0001-6452-9788>

Egresado de la Escuela Naval del Perú, es calificado en Infantería de Marina e Inteligencia Naval. Ha prestado servicios en diferentes unidades y dependencias de la Marina de Guerra desplegadas en las diferentes zonas del territorio nacional, así como declaradas en zona de emergencia, tanto en Ayacucho como en la región Ucayali. Es Magister en Desarrollo y Defensa Nacional en el CAEN y en el curso de Comando y Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra Naval en Buenos Aires Argentina. Es Docente de la Escuela Superior de Guerra Naval, en la Escuela de Infantería de Marina y es conferencista y panelista en el ámbito académico.

Email: luis.Delaflor.Rivero@gmail.com

90

Resumen: En 1985 egresé como Alférez de Fragata de la Escuela Naval del Perú, donde había sido preparado durante cinco años para desempeñarme como jefe de división en las unidades de superficie, primer escalón en la larga carrera naval. Algún tiempo después ingresé a la Escuela de Calificación de Oficiales, para seguir un curso de un año que me convirtió en Infante de Marina. Fue entonces, en las arenas de Ancón, cuando recibí entrenamiento para la lucha contrasubversiva y el terrorismo.

Palabras clave: Pacificación Nacional, subversión, ausencia del Estado, Zona de Emergencia, Acciones Cívicas.

Abstract: In 1985 I was graduated as Ensign from the Naval School of Peru, where I had been prepared for five years to serve as division chief in surface units, first step in the long naval career. Some time later, I joined the Officer Qualification School, pursuing a one-year course that made me a Marine. It was then, in the sands of Ancon, that I received training for counter-subversive struggle and terrorism.

Keywords: National pacification, subversion, absence of the State, Emergency Zone, Civic Actions.

1. CUERPO DE TEXTO

La Fuerza de Infantería de Marina había venido actuando en la lucha contra la subversión desde finales de 1982, cuando se le asignó la provincia de Huanta y parte de la provincia de la Mar, en Ayacucho. Los Infantes de Marina, costeños en su gran mayoría, habían pasado repentinamente del nivel del mar a actuar y combatir entre los 3,000 y 4,500 metros de altura. Como es de esperar, hubo bajas en nuestras filas, pero en aquellos años iniciales se logró controlar tan difícil zona, que comprendía lugares que luego adquirieron siniestra fama, como Uchuraccay, en las alturas de Iquicha. La base principal de la Marina quedaba en Huanta, y se contaba además con bases en Huamanguilla, San José de Secce y Tambo, cubiertas con los destacamentos organizados expresamente para dicho fin, denominados Destacamentos Caimán.

Pero yo no alcancé a servir en esa zona, porque cuando me gradué como Infante de Marina, ya los Destacamentos Caimán habían sido reubicados en el Valle del río Apurímac, siempre en el convulsionado departamento de Ayacucho. Ubicado en zona de ceja de selva, el valle sólo contaba con una carretera que lo

FIGURA 1

En la Escuela de Calificación para Oficiales de Infantería de Marina.



Nota. Fotografía del autor.

unía a Huamanga, así como un par de pequeños aeropuertos ubicados en San Francisco y Luisiana. Inicialmente se dedicaron al cultivo del café, pero que ya habían comenzado a cambiar hacia el cultivo de la coca cuando ingresó el terrorismo a la zona.

Las bases crecieron en número, ubicándose en el fundo Luisiana la principal, donde tenía su puesto de mando el Comandante de la Sub-Zona de Seguridad Nacional Delta. Hacia el suroeste se ubicaba la base de Santa Rosa y hacia el norte, a lo largo del río, quedaban San Francisco, Sivia y Llochegua; finalmente, hacia el oeste de esta última se ubicaba la base de patrulla de Corazón Pata. Los efectivos comprometidos en esta zona eran poco más que en la de Huanta - alrededor de trescientos Infantes de Marina -, todos los cuales ya habían tenido experiencia de combate en los años iniciales de la lucha contraterrorista.

Mi primera estadía en la zona fue en 1989, pasando la mayor parte de los dos meses y medio que duraba, en Corazón Pata. Este lugar albergaba unas pocas casas, habitadas por los primeros terroristas arrepentidos, a quienes obviamente debíamos dar protección. No existía ningún tipo de servicio; al principio existió un centro de salud, pero sólo en nombre, puesto que el técnico sanitario permaneció sólo unos pocos meses en ese poblado. Los niños en edad escolar debían caminar

FIGURA 2
Una fecha de cumpleaños en la B.C.S. de Llochegua.



Nota. Fotografía del autor.

durante cuatro horas para poder ir al colegio, en Llochegua. El sacerdote más cercano estaba en Sivia, localidad que sólo podía alcanzarse por río desde Llochegua. Como se puede apreciar, Corazón Pata era un lugar prácticamente abandonado a su suerte por el Estado Peruano, como numerosas otras localidades a lo largo y ancho de nuestra agreste geografía.

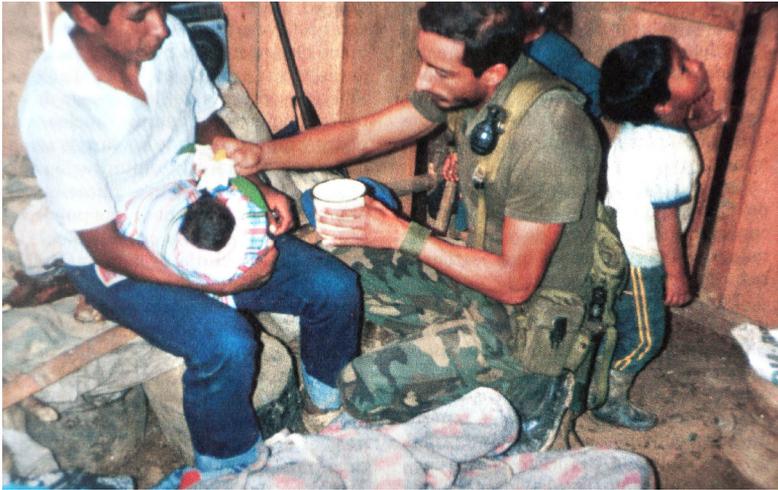
Fue allí donde me tocó vivir una experiencia que marcó profundamente mi vida. Tenía dos patrullas a mis órdenes y esperábamos el arribo de una tercera, que debía reforzarnos ante la posibilidad de un inminente ataque terrorista, cuando en la mitad de la noche se presentó un campesino del pago de Matucana (pago se le denomina a una pequeña agrupación de casas), ubicado a escasos 30 minutos de Corazón Pata a pie. Se le veía desesperado y sincero cuando manifestó que su esposa estaba por dar a luz y que se sentía muy mal, que debíamos ayudarla. Sin embargo, también existía la posibilidad de que estuviese mintiendo y sólo procurase hacer salir una patrulla para debilitar la base o emboscarnos fuera de ella. Con todo, opté por esperar hasta el amanecer y salí al mando de una patrulla hacia Matucana. La aproximación fue hecha con todas las precauciones posibles, manteniéndonos enlazados en todo momento con la base y rodeando Matucana antes de ingresar al poblado, y cuando finalmente lo hicimos encontramos a una niña recién nacida, que aparentemente gozaba de buena salud y a la madre, cuya condición no era muy buena. Se les atendió de la mejor manera posible y nos disponíamos a retornar a Corazón Pata cuando el padre insistió en que bautizara a su hija. Tras argumentar con él y ante la alta tasa de mortandad en la zona, decidí finalmente hacerlo con la condición de que pasado algún tiempo bajara a Sivia para pedir la bendición del único sacerdote del área. De algún lugar cercano, que aún no logro imaginar, en medio de aquella vegetación de ceja de selva, trajo una hermosa rosa que utilicé para mojar la frente de aquella criatura mientras le daba el nombre de Carolina.

La época en que estuvimos misionados en Ayacucho, tanto en Huanta como en el valle del Apurímac, fue bastante dura. Sufrimos varias bajas, no sólo en los enfrentamientos contra los subversivos sino también en cobardes atentados realizados en Lima, que nos fueron enseñando que la lucha no se limitaba a los meses pasados en el frente, sino que durarían todo el tiempo que existiera Sendero Luminoso o el Movimiento

Revolucionario Túpac Amaru, sin importar dónde o con quién estuviésemos. Esto me lo habían dicho los oficiales instructores en la Escuela de Calificación, antes de ir a la zona de emergencia por primera vez, pero la experiencia enseñaría la tensión que una situación de este tipo puede causar, tanto en uno como en sus familiares.

FIGURA 3

En el poblado encontramos a una niña recién nacida, bautizando a Carolina.



Nota. Fotografía del autor.

Mi retorno de Ayacucho no fue más dramático que el de otros; todas las patrullas relevadas debíamos concentrarnos en Luisiana, de acuerdo a un cronograma establecido en el último momento para evitar emboscadas. Diversos botes debían llevarnos a lo largo del río sea hasta Luisiana, o hasta San Francisco desde donde debíamos dirigirnos a Luisiana en camiones. Desde el aeropuerto de ésta, haciendo sucesivos vuelos de aviones Búfalo, debían llevarnos a Huamanga, donde finalmente debíamos abordar un avión Hércules para llegar a Lima. El viaje debía continuar luego hacia Ancón, donde teníamos que cumplir con el mantenimiento del equipo antes de poder ir a casa. Tras dos meses y medio, en los que no habíamos establecido ningún tipo de contacto para evitar riesgos innecesarios, el retorno a casa fue muy emotivo. Mi madre, que usualmente asistía a misa los días domingos, me confesó que había estado haciéndolo diariamente todo ese tiempo, para rezar por mí. Ello me dio una medida de la angustia y preocupación que había vivido y que vivían todas las familias de los que participábamos en los destacamentos.

Pero todos los retornos fueron felices. Como ya lo señalé, a lo largo de esos años algunos hombres habían muerto y otros habían sido heridos en acción, pero otros traían heridas de otro género, heridas causadas por la muerte de sus compañeros o por ver la sangrienta violencia terrorista contra inocentes campesinos y pobladores. También estaban los que serían heridos por su propia

familia, incapaz de soportar más la tensión de vivir en esa situación. Algunos de los oficiales de entonces vieron así concluir sus matrimonios o debieron dejar el servicio para evitar que estos fracasaran.

Sin embargo, habíamos aprendido algo de aquella primera época. El Perú necesitaba que todos pusiéramos nuestra cuota de sacrificio para sacarlo adelante. Sería una tarea dura, pero para eso habíamos sido formados tanto en la Escuela Naval como en la Escuela de Calificación, y por eso habían peleado y dado su vida varios compañeros de armas, tanto oficiales como personal subalterno. Debimos pues adoptar nuevas actitudes ante la vida, cambiando de rutina y estableciendo medidas de seguridad para nuestras propias familias. Yo todavía era soltero en ese entonces, pero veía como algunos compañeros se desvelaban por enseñar a sus pequeños que las ausencias de papá eran porque estaba navegando, que había sido cambiado de Ancón y que no mencionaran nada de eso ni con sus amigos de colegio. Veía los esfuerzos de las esposas de estos compañeros por asumir funciones de padre y madre durante las largas semanas de ausencia e incomunicación que entonces vivían. Cómo explicarle a un niño pequeño que su padre no puede venir ni llamarlo para sus cumpleaños. La respuesta que el día de mañana habrá que darles, es que si entonces estuvimos ausentes fue justamente para darles un futuro digno en donde puedan vivir con libertad.

Poco después de retornar, hablamos del año 1990, volvimos a cambiar de área de responsabilidad. Esta vez la Marina entera asumió el control del Departamento de Ucayali y algunos distritos de Huánuco y Loreto. La Marina de Guerra tuvo que alejar al personal naval de su entorno operacional habitual, como lo era el mar, los lagos y ríos navegables, para ser trasladados a la sierra central y combatir al terrorismo; con las complicaciones operativas y administrativas que este cambio significó, lo descrito no fue un proceso sencillo y hubo que sortear muchas dificultades, con complicaciones de toda índole; sin embargo, éstas lograron superarse debido a que el propósito de la misión para un militar prima sobre cualquier otra contingencia, y en esa oportunidad, el propósito era mantener el estado de derecho, el sistema democrático y la convivencia pacífica entre peruanos; objetivos diametralmente opuestos a los de los grupos de delincuentes ideologizados, que no repararon ni en la vida de niños, ancianos o mujeres embarazadas, para intentar imponer en nuestro país un gobierno de terror.

Oficiales y personal subalterno de todas las calificaciones y especialidades pasaron a formar los batallones ligeros de combate, que bajo el mando de un Contralmirante debían restablecer el estado normal de derecho en esta vasta zona del país, que abarca el 18% del territorio nacional. De combatir primero en las

alturas de Huanta y luego en la ceja de selva del río Apurímac, la Marina pasaba a la enmarañada selva baja. Las bases se volvieron a incrementar en número, así como los efectivos comprometidos y los medios asignados, la lucha se haría más compleja, puesto que las distancias ahora eran enormes y el enemigo estaba mejor armado.

FIGURA 4

Como dotación del Batallón ligero de Combate de Infantería de Marina en el Ucayali.



Nota. Fotografía del autor.

Poco tiempo después de contraer matrimonio, en 1992, fui nuevamente destinado a la zona de emergencia, esta vez formando parte de un destacamento Zulú, unidad formada por Comandos de Infantería de Marina y Operadores Especiales, para cumplir misiones particularmente riesgosas. El tiempo que deberíamos permanecer en la zona era ahora mayor, pero a su vez teníamos la posibilidad de viajar a Lima cada cierto tiempo.

En aquella época me tocó vivir otro tipo de experiencia, la de ser embocado por los terroristas. Iba con una patrulla de Huipoca a San Alejandro, cuando comenzaron a disparar sobre nosotros fusilería y granadas propulsadas por cohete (Tipo RPG). La espesa vegetación no permitía más allá de unos pocos metros, pero pese a ello y siguiendo las normas y el entrenamiento para este tipo de caso, respondimos vivamente el fuego, avanzando decididamente sobre lo que parecía ser su punto de concentración principal. La disciplina y poder de fuego de nuestros hombres pronto permitió dominar y revertir la situación, haciendo huir a los subversivos. En nuestras filas, felizmente, no hubo bajas que lamentar. Pero

aquella sensación de reaccionar ante el seco ruido de un disparo cercano a uno, no se me pudo borrar durante varios meses.

Otros compañeros vivieron distintas situaciones. Recuerdo a uno de ellos en particular, cuya esposa debía dar a luz su primer hijo, para lo cual éste había obtenido el permiso del caso. Pero el parto se adelantó quince días, cuando mi compañero se hallaba alejado de la base principal. Tardó tres días en poder regresar para tomar un avión que lo llevase al lado de su esposa e hijo, tres días que para el debieron ser muy duros, a pesar que como marinos esto es común por las largas navegaciones. Los problemas que cada cual había dejado en Lima eran de muy distinto género, pero todos tenían como común denominador la terrible situación económica que atravesaba el país, que traía como consecuencia unos sueldos realmente bajos. La gran mayoría de los que estábamos o habíamos estado en la zona de emergencia teníamos que complementar nuestros ingresos mediante algún otro trabajo, pero ello obviamente se tornaba imposible durante los meses que duraba aquel tipo de servicio. Por ello, las esposas debían asumir una responsabilidad mayor aún, la de encontrar la manera no solo de sustituir a los padres ausentes, sino también la de cubrir las obligaciones económicas que todo hogar demanda. Como ya lo mencionara, algunas no resistieron esta situación, y se vieron afectadas por ella. Entre estas últimas estuvo mi esposa, quien bajo de 55 a 42 kilos en los meses que estuve fuera, debiendo ser sometida a un tratamiento psicológico para combatir el cuadro nervioso que presentó.

Hoy, tras casi cuatro décadas de haber emprendido la lucha contra la subversión y el terrorismo de Sendero Luminoso y el MRTA, toda la oficialidad joven de la Marina de esa época ha pasado por la experiencia de la lucha contra la subversión, al haber formado parte de ella en algún momento de su carrera, ya sea Aviador Naval, Submarinista, Oficial de Superficie o de cualquier otra calificación u orientación profesional. En ella hemos aprendido muchas cosas, tanto sobre nuestra realidad como país, como sobre nuestra propia condición humana. La lucha ha sido dura y aún no concluye, y lamentablemente deberemos seguir aumentando las placas anuales que circundan el monumento al Capitán de Navío Juan Fanning, en Ancón, donde se consignan los nombres de nuestros muertos. Pero esta lucha ha permitido que nuestra patria salga adelante y venza a la amenaza terrorista, que en algún momento dado llegó a ponerla en riesgo. Es por esto que creo que todos los sacrificios que hayamos hecho, oficiales y personal subalterno de todas las calificaciones y especialidades de la Marina, han valido la pena; el día de mañana cuando se escriba la historia de esta lucha, podremos decir orgullosos a nuestros hijos y nietos que participamos en ella.